

CAPÍTULO SÉPTIMO

ASIA

ASIA

Por ALEJANDRO CUERDA ORTEGA

Uno de los mayores intereses de España en Asia es la promoción comercial, pero también lo es el aspecto cultural. Actualmente, el mayor obstáculo es el desconocimiento existente en Asia sobre la realidad española y también el que España tiene sobre Asia; con esta idea en la mente se ha elaborado el somero análisis del mundo asiático que sigue a continuación.

ACOTACION DEL ESTUDIO

Ante la inmensidad del continente asiático y su asombrosa diversidad, resulta obligado intentar reducir el alcance del estudio y concentrar la atención tan solo en algunas zonas, regiones o países; el Asia que aquí se tratará se ha reducido a las regiones oriental y meridional del continente en su acepción geográfica. No es elección arbitraria; en este espacio físico así delimitado se ha centrado últimamente la atención mundial de forma insistente y preocupada. El período posterior a la Guerra Fría, y concretamente los últimos 3 ó 4 años, han atraído el interés mundial sobre esas regiones.

Las circunstancias de mayor trascendencia que han aconsejado concentrar el estudio en estas zonas son las que han afectado de forma tan preocupante a la seguridad regional del NE y SE asiáticos y que, en algunos casos, han amenazado también el equilibrio mundial. Las tensiones acumuladas, los riesgos contrastados a que nos referimos, las iniciativas

incontroladas en el campo del peligro nuclear, las disputas de fronteras, los odios étnicos y religiosos, los descontentos sociales, las revueltas políticas, el preocupante rearme militar, etc., lejos de desaparecer o, al menos, moderarse, mantienen su actualidad retadora. Es, concretamente, a estos aspectos que inciden directamente sobre el equilibrio regional, la estabilidad y la seguridad de miles de millones de seres humanos, con su amenaza de implicación mundial, a los que se dirigirá el análisis que sigue a continuación, aspectos que, por otra parte, constituyen la razón de ser y el interés de este Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE).

Diré, finalmente, que ninguno de esos casos y cuestiones citados ha surgido en el presente año. Todos ellos se remontan a épocas y circunstancias del pasado, aunque, en ocasiones, se trate de un pasado reciente. Por otra parte, el mundo del Asia Oriental y Meridional no es bien conocido por los españoles; pocas veces aparece en los medios de comunicación, salvo en sus aspectos culturales o como atractivo turístico. Procede, pues, conocer lo que allí está sucediendo, cómo nos afecta y qué podemos hacer o esperar, especialmente en el ámbito de la seguridad; ello obligará, en este primer estudio del IEEE sobre Asia, a analizar las causas, orígenes y procesos evolutivos con cierto detenimiento, para mejor comprender el panorama actual.

CONSIDERACIONES PREVIAS SOBRE EL MUNDO ASIÁTICO

Desde Europa, y salvo contadas excepciones de carácter religioso y misionero, Asia se ha visto siempre con un interés económico; unas veces como objeto de explotación de sus riquezas y otras como un gran mercado de los productos occidentales. Naturalmente, Asia es bastante más que un mercado. Alguien pudiera pensar que lo mejor sería dotar a esa parte de nuestro mundo de una mentalidad occidental, modernizarla y democratizarla; pero esa es tarea poco menos que imposible; en primer lugar, por la inmensidad de ese continente; sólo en algunas de las regiones que se han acotado viven 2.885 millones de seres humanos, que es casi la mitad de la humanidad; y, en segundo término, porque no son naciones atrasadas dispuestas a aceptar cualquier enseñanza; se trata de civilizaciones milenarias y de culturas profundamente arraigadas.

También es Asia enormemente diversa en sus distintos pueblos, razas y religiones, y no puede considerarse como una unidad. A diferencia de Europa, esa marcada e ingente diversidad hace casi imposible la adhesión

general a normas y leyes iguales para todos o la formación de coaliciones y alianzas. De las ocho civilizaciones estudiadas por Samuel P. Huntington, susceptibles de enfrentamiento, seis se encuentran en Asia.

Algo que destaca por evidente es la resistencia de ese mundo oriental a la democracia, salvo el caso de Japón y, ya muy recientemente, Corea del Sur (1998) y Taiwan (2000). Realmente, la presencia colonizadora de Europa en Asia parece no haber dejado una huella muy profunda. Los regímenes políticos en Asia son mayoritariamente autoritarios o represivos, y normalmente se respaldan con poderes fuertes. Con frecuencia, el poder del Estado se ha identificado y confundido con el del partido único y dominante, y esto es fermento del favoritismo y la corrupción, a los que no son ajenos.

El concepto de la autoridad es allí mucho más profundo que en Europa y suele vincularse con lo sobrenatural, por lo que esa autoridad se admite sin reservas, incluso en la familia; y hasta sus fallos o vicios se aceptan como características inherentes a esa figura superior. Si además se trata de países islámicos, de los que hay tantos en Asia, ese sentido de la autoridad se encuentra aún más reforzado. Con motivo de los sucesos terroristas del pasado septiembre, el mundo occidental ha podido comprobar el respeto, el seguimiento y hasta la veneración que se profesa en aquellas naciones a sus líderes.

Otra de las particularidades de su idiosincrasia es la propensión al fatalismo, que les lleva a aceptar sus padecimientos como inevitables y castigo merecido por sus culpas personales o de sus antepasados; así, las responsabilidades del gobernante en los males sociales apenas son consideradas, lo que refuerza la impunidad del que manda y permite comprender la resignación de pueblos enteros que viven en la necesidad y hasta en la miseria y el abandono, gobernados por dirigentes rodeados de lujo y opulencia.

Estos dos aspectos del carácter oriental —su gran respeto a la autoridad establecida y su aceptación fatalista de los males que les rodean— explican muchas de sus actuaciones y modos de comportamiento, apenas comprensibles para occidente. Nuestros políticos y militares debieran tener muy presente el grave ultraje que, para las sociedades orientales, supone la humillación de sus gobernantes.

En otro orden de cosas, a diferencia del mundo occidental, en el que la influencia de las religiones es muy escasa, Asia está imbuida de espi-

tualidad, lo que les puede llevar voluntariamente a la abnegación o al sacrificio e incluso a la muerte por sus ideas. Dan más valor que nosotros a los sentimientos y parecen mejor dotados para la percepción intuitiva. Nuestro pragmatismo occidental evoluciona a costa de la merma o desaparición de principios, creencias y valores. En demasiadas ocasiones, cuando occidente ha querido “exportar” sus formas a Oriente, ha fracasado; no ha quedado mucho de la presencia europea en Asia.

Son, también, países que han vivido y se han desarrollado en el aislamiento de las naciones y de la cultura europeas, particularmente por la lejanía y su retraso técnico, que les dificultaba los largos desplazamientos. También la orografía ha restringido la comunicación, como en los casos de China y de la India, cerrados por altas cordilleras o por desiertos. La tendencia al aislamiento, que también define su carácter, hace difícil el intento de convencerles de las ventajas de la integración con otros pueblos y culturas, si han de abandonar sus formas; muchos son los orientales que viven en nuestras ciudades de occidente y desde largo tiempo atrás, y bien sabemos que, habitualmente, se agrupan aislados en sus barrios y conservan sus modos y costumbres, y hasta sus ropas, idioma y forma de alimentarse, en una aparente y permanente desconfianza del mundo occidental que los acoge.

Estas consideraciones y tantas diferencias con nosotros traen a la mente la duda sobre la viabilidad de la instauración plena, en esas culturas, de los derechos humanos como aquí los entendemos; al fin y al cabo, nacidos y desarrollados en Occidente. Europa tiene claro su ideal y sus valores fundamentales desde el cristianismo o, si se quiere en su promulgación política, al menos desde 1789; Asia no. Es evidente que hay derechos básicos o fundamentales inherentes a la conciencia del hombre, de cualquier hombre, que no pueden soslayarse; pero son los menos. Muchos de los 30 derechos citados en nuestra Declaración Universal no tienen aceptación, ni en muchos casos cabida, en Asia oriental y meridional; chocan con su cultura y sus creencias.

En estos últimos años ha nacido la idea, en el extremo oriente, de unos supuestos “valores asiáticos”, que ha llevado incluso a negar la universalidad de los Derechos Humanos y de la democracia como particularidades culturales exclusivas de Occidente y ajenas, por tanto, a los pueblos de Asia. Esto, que nació como consecuencia del espectacular crecimiento económico del SE asiático y que esgrimieron sus promotores como prueba de que, con esos valores, se puede progresar, se vino abajo con la cri-

sis financiera posterior (1997-98). Es fácil deducir que aquellas proclamas sólo pretendían justificar el autoritarismo y demostrar a Occidente el error de su código de valores; pero no se puede negar la existencia real de muchas e importantes particularidades asiáticas y diferencias insalvables con la cultura occidental, que obligan a considerar si nuestros dogmas y procedimientos son aplicables en plenitud e igualdad a aquellas naciones y gobiernos.

LA SEGURIDAD REGIONAL

El año 2001 ha transcurrido, en el extremo oriente, en relativa paz hasta los terribles y espectaculares ataques terroristas de septiembre contra los EEUU. Las naciones islámicas de Asia tomaron inmediatamente partido a favor de los responsables, sus líderes, y en contra de toda nación occidental que se uniese a Norteamérica en su respuesta. Los pueblos no islámicos se han mantenido a la expectativa, en una aparente indiferencia o indefinición, actitud de equilibrio entre la postura de sus gobiernos, mayoritariamente del lado de los EEUU en su proclama antiterrorista, y su sentimiento antioccidental. Unos y otros han mantenido su habitual frágil equilibrio debido a muy diversos factores de incertidumbre.

Contra la imagen candorosa que, superficialmente, pudiera tenerse en Europa, creada particularmente por la literatura, Asia no es pacífica. No existe en sus pueblos un sentimiento unificador común, una cultura compartida capaz de inspirar un deseo generalizado de unión. En su lugar se encuentran muchas civilizaciones, sentimientos y aspiraciones encontradas que se toleran mal. Las filosofías orientales presentes en la sociedad no han desaparecido, ni apenas evolucionado, con los años, las guerras o el desarrollo. Los intereses regionalistas y las diferencias étnicas o religiosas conducen a crueles conflictos, no sólo entre naciones, como India-Pakistán, o las dos Coreas, sino también, y especialmente, dentro de los propios países, lo que sucede en casi todos ellos: es el caso de Afganistán, Camboya, Filipinas, Bangladesh, Birmania (Myanmar), India, Indonesia, Pakistán, Sri Lanka, ... En muchos casos, son guerras de guerrillas, con gran cantidad de muertos civiles, con odios irreconciliables, abundancia de armas ligeras y profusión despiadada de minas antipersonal, auténticos campos de dolor y exterminio.

Como consecuencia de todas estas tensiones, surge un factor especialmente relevante, peligroso y generalizado: el afán por dotarse de arma-

mento. En esa carrera se han obsesionado no sólo India y Pakistán, con sus alardes nucleares, sino también China, Japón, Taiwan, Tailandia, Indonesia, Malasia, las dos Coreas y Singapur. Desde la terminación de la Guerra Fría, éstas son las únicas naciones del mundo que han incrementado sus gastos en material bélico. Por otra parte, su crecimiento económico les está permitiendo crear sus propias industrias de armamento, con dos consecuencias preocupantes: la seguridad de una inestabilidad permanente en Asia y la exportación incontrolada de armas a terceros países, una de las más saneadas fuentes de financiación de Corea del Norte y también de China.

Como es conocido, otro factor de desestabilización, que alcanza al mundo entero, es la droga, centrada en Afganistán y en el “triángulo de oro” Tailandia-Laos-Myanmar (Birmania), con casi todo el negocio en manos chinas. El canje de drogas por armas permite la llegada de éstas a los países más pobres.

Desde una lógica occidental, cuesta a veces llegar a comprender las razones de los conflictos y las distintas situaciones de violencia prolongada de los países orientales, tan alejados de nuestra mentalidad y de nuestros esquemas. Europa sigue clasificándolos en buenos y malos como herencia de la Guerra Fría, pese a que ese maniqueísmo, que utiliza hasta para sus ventas de armas, ya fue superado en Europa. No hace bien Occidente en estancarse en tan simple y peligrosa división, pues los sentimientos, los odios y las lealtades orientales responden a otros esquemas y procesos, y pueden ser mal interpretados por nuestra mentalidad; el error puede llevar a muy lamentables consecuencias, como trágicamente hemos llegado a comprobar con los terribles sucesos de los ataques terroristas del mes de septiembre a manos de quienes antes estuvieron del lado norteamericano, en contra de la URSS. A aquellas despiadadas atrocidades siguieron distintas reacciones en los países orientales, sin que podamos saber con certeza si las que nos fueron favorables estuvieron dictadas por un sentimiento sincero o por el temor.

Pudiera pensarse que esas acciones y reacciones incomprensibles para Occidente se dan solamente en fanáticos del integrismo islámico, pero no es así; la historia reciente de los pueblos orientales recoge abundantes casos difíciles de alcanzar por nuestra lógica y que pueden causarnos perplejidad. Son muchos los datos que permiten suponer que el centro de atención mundial, en el siglo XXI que comenzamos, se trasladará a Asia y el Pacífico, donde se da esa creciente y estremecedora mili-

tarización; y no debe olvidarse que los militares, y otros grupos armados, juegan papeles de la máxima importancia en ese mundo del Este.

En este panorama, resulta poco comprensible la escasa atención que la Unión Europea (UE) ha prestado a esa vasta región del mundo, a la que sólo ve como un mercado en competencia y una fuente de mano de obra barata. Aunque todavía carece Europa de una unión política y de una definición compartida de sus intereses en el exterior, es ilógico su alejamiento e indiferencia de las importantes cuestiones políticas, militares y sociales que hoy día se viven en Asia Oriental y Meridional. Asuntos tan graves y penosos como el de Timor Oriental, Filipinas, las guerrillas tamiles en Sri Lanka, la piratería en el Mar de China, Camboya ... y los más graves de India -Pakistán, las dos Coreas, China- Taiwan, Afganistán antes de septiembre..., con independencia de los análisis que de ello se hacen en algunos centros de pensamiento, sin capacidad de decisión, apenas tienen otro eco en Europa que una mención en la prensa; y en todos esos conflictos abundan las armas fabricadas en nuestra industria occidental. La presencia política, formal y activa de Europa en Asia ha quedado en la historia; y ahora, substituida por Norteamérica desde hace más de 50 años, le va a ser muy difícil recuperar allí su prestigio y hacer oír su voz.

Este señalamiento acusatorio a Europa, por su aparente indiferencia ante las cuestiones asiáticas que no supongan beneficio económico, puede quedar invalidado si es capaz de deducir responsabilidades ante la enorme conmoción sufrida por los salvajes atentados terroristas contra Norteamérica. Se le presenta ahora la oportunidad de interesarse y acercarse más a ese inmenso mundo oriental donde parece que —en acertada expresión norteamericana— “se encuentra el futuro”, aunque no se sepa de qué signo. Si se decide a hacerlo, ciertamente actuará a la zaga y dictado de los EEUU; primero, porque ellos son los protagonistas y la nación herida; y segundo, porque ya están allí, en forma sólida y contundente.

China

Con independencia de sus problemas internos, como la protesta social, con algunas movilizaciones graves, como Tian'anmen (1989); la enorme e ineficaz estructura burocrática de su Administración y de sus industrias estatales, cuyo intento de reforma está ocasionando que importantes masas de población se incorporen al paro; los profundos y cre-

cientes desequilibrios de nivel de vida y bienestar entre regiones (se calcula que unos cien millones de habitantes está en constante desplazamiento, huyendo de la pobreza); las persecuciones religiosas, incluidas sectas (Falun Gong); la superpoblación y su concentración ciudadana; el agotamiento de sus pozos petrolíferos y la corrupción y la disidencia política dentro del Partido (PCC), mantiene los siguientes focos de tensión en sus regiones fronterizas:

Tíbet

Ocupada por la fuerza por la China de Mao en 1950, una comisión del Dalai Lama se vio obligado a firmar un tratado que les privaba de su soberanía y les dejaba solamente una cierta libertad religiosa, en una mínima autonomía.

La ONU ha estado siempre a favor de la autodeterminación del Tíbet, pero las autoridades de Pekín se niegan a ceder ni un ápice de soberanía e incluso a tratar la cuestión. En agosto (2001), Pekín celebraba el 50 aniversario de la “liberación pacífica” del Tíbet y, precisamente para borrar todo vestigio del antiguo Tíbet independiente, dio a los actos toda la pompa posible, engalanando la capital Lhasa —para lo que tuvo que hacer desaparecer, la noche anterior, todos los carteles y pintadas llamando a la independencia— y enviando a presidir la ceremonia al vicepresidente de la República Popular (Hu Jin Tao). Con motivo de ese mismo aniversario, en Mayo visitaba el Dalai Lama al Presidente estadounidense George W. Bush en la Casa Blanca, que le prometió un “fuerte apoyo” para preservar el carácter religioso, cultural, la identidad lingüística y los derechos humanos de todos los tibetanos. Bush dijo al líder budista que “buscaría la forma de alentar un diálogo” con Pekín y le expresó su esperanza de que el gobierno chino “responda favorablemente”, lo que fue considerado por Pekín como un desafío y una intromisión en sus asuntos internos.

Ciertamente, la China posterior a Mao ha transformado al Tíbet y así lo reconocen hasta sus detractores; en los últimos años ha invertido cientos de miles de millones de pesetas, ha lanzado el crecimiento a un 8%, ha reconstruido 1.400 templos y ha dejado plena libertad de culto —consciente de que la lucha contra la religión es batalla perdida, al menos en este lugar—, ha rebajado la tasa de analfabetismo a la mitad (del 95 al 42%); el tibetano se habla, se enseña en las escuelas y se difunde por la TV; ha culminado 34 proyectos de desarrollo en la región y su plan de

inversiones en los próximos 10 años alcanza los 720.000 millones de pesetas. En su empeño de modernización y para solucionar el gran problema del aislamiento, por la orografía de la región, ha comenzado Pekín uno de sus proyectos más ambiciosos: la construcción de una línea de ferrocarril de 1.120 km, que correrá a más de 4.000 m. de altura media, llegando a los 5.072, con vagones presurizados, que unirá el Tíbet con el resto de China.

Pero también es cierto que las críticas que dedica al Dalai Lama y seguidores, la persecución y destrucción de todos sus retratos y recuerdos y las regulares manifestaciones de subversión y disidencia no son muestra de que los tibetanos se hayan conformado con la dominación impuesta. El Dalai Lama ha recorrido gran cantidad de naciones exponiendo su situación y la de su pueblo; está dispuesto a renunciar a la independencia a cambio de una cierta autonomía y así lo ha hecho saber a Pekín, que no ha dado respuesta alguna, pero diversos grupos radicales tibetanos y los supervivientes de los 100.000 exiliados que huyeron con él en 1959 reclaman la independencia.

Xinjiang

La región más al oeste de China, la mayor y la menos poblada. Tiene una importante minoría musulmana uigur que aspira a la secesión. Son frecuentes los estallidos de violencia, y las represiones por parte de las fuerzas militares allí estacionadas. Los uigures reciben apoyo de las vecinas repúblicas ex-soviéticas de Kazastán, Kirguistán y Tayikistán. La región está bajo el toque de queda.

Su pequeña frontera con Afganistán y su rebelde minoría musulmana han puesto a esta región ante la atención mundial, y más particularmente ante los ojos del Gobierno de China y de los EEUU, con motivo de los ataques terroristas de septiembre sobre Nueva York y Washington, debido a las inquietantes coincidencias entre uigures y talibanes. Es más que probable que el claro apoyo de Jiang Zemín al presidente norteamericano, en su campaña antiterrorista, tenga buena dosis de interés propio, para la aceptación por Occidente de sus duras medidas contra los rebeldes musulmanes de Xinjiang.

Mongolia Interior o Mongolia del Sur

Es provincia china, pero trata de separarse para unirse a la gran Mongolia fronteriza.

Además de los citados, China tiene litigios territoriales con la mayoría de sus vecinos: con Rusia, aunque ya de menor importancia, desde que, en 1997, los presidentes de ambas naciones, Boris Yeltsin y Jiang Zemin, zanjaran en Pekín un contencioso de tres siglos al fijar los 4.300 kilómetros de frontera común; con las repúblicas ex-soviéticas limítrofes; con la India, con quien ya se enfrentó en una guerra de fronteras en 1962 y a quien incordia apoyando sus grupos insurgentes internos; con Mongolia y con Vietnam. Y ya fuera de fronteras,

Mar de China Meridional

Zona de alto riesgo de conflictos ya que China la viene considerando como mar propio o lago particular. En 1992, en declaración unilateral, no acordada con nadie, reclamó de su soberanía el entero Mar de China Meridional (900 millas de norte a sur). Es lugar de paso de importantes líneas marítimas internacionales, especialmente las que llevan el petróleo del Golfo Pérsico a Japón; también las comparten Vietnam, Malasia, Brunei, Taiwan y Filipinas. La presencia preponderante China en ese mar y su adjudicación unilateral se deben, probablemente, a la creencia generalizada de que allí hay grandes depósitos de petróleo y gas natural.

Además, se encuentran en la zona las islas Spratly y las Paracel, cuya soberanía se adjudicó también China en la citada declaración de 1992, no reconocida y sí protestada por varias de las naciones citadas; algo se suavizaron las tensiones en 2000, al menos temporalmente, con la renuncia parcial de Pekín a sus pretensiones sobre la parte meridional de las islas Spratly. Sus actuales condiciones de absoluta superioridad naval le permiten ejercer, sin respaldo jurídico, el dominio de esos espacios marítimos y de las islas mencionadas. Ya en años anteriores se produjeron enfrentamientos navales con Vietnam.

Taiwan

Es bien sabido que China considera esta isla como una provincia rebelde a la que no renuncia y que aspira a integrar a la soberanía nacional, como sucedió con Hong Kong y Macao; la preocupante diferencia con esos dos casos está en que aquellas devoluciones fueron pacíficas y negociadas con potencias occidentales dispuestas a la entrega, en tanto que Taiwan ha de tratarse con los propios dirigentes de la isla, muchos de los cuales han mantenido una postura de independencia que viene de 50 años atrás, en un permanente clima de enemistad. Hay allí dos bandos:

uno partidario de la independencia total, lo que haría probable la guerra, y otro que acepta la reunificación.

Taiwan cuenta con fuerzas poderosas y con el apoyo de los EEUU. Pero la isla vive, desde 1949, la angustia de la posible invasión, unida a la de lograr un poderío militar suficiente para evitarlo; su aspiración actual, en cuanto a material bélico, es integrarse en el programa de Defensa de Misiles de Teatro (TMD) norteamericano, particularmente desde que China lanzó 15 misiles en aguas próximas a Taiwan, en 1996, en un ejercicio naval “coincidente” con la campaña electoral de las primeras elecciones democráticas en la isla. Aquella demostración provocó la presencia de 2 portaviones norteamericanos en aguas próximas, como muestra de la determinación de Washington de apoyar a Taipei. Pero Pekín ya ha manifestado que la integración misilística de Taiwan en el TMD será considerada como actitud frontal contra el proceso de reunificación, lo que le llevará a acciones militares.

El nuevo dirigente de Taiwan, Chen Sui-bian (Marzo, 2000), que anteriormente se había manifestado partidario de la independencia, tuvo palabras moderadas y conciliadoras hacia la República Popular China (RPC) en su discurso de investidura, rechazando la idea de “dos Chinas”. Esto, unido a la autorización para los primeros viajes marítimos de pasajeros, de las islas al continente (enero, 2001) —lograda al fin, después de repetidas propuestas de Taipei— al incremento de intercambios comerciales y a la postura norteamericana de no favorecer la idea de la independencia, propició un período de cierta calma; pero, para Pekín, todo esto no es suficiente.

En este largo, triste y enconado enfrentamiento, ninguna de las dos partes —RPC por un lado y Taiwan y EEUU por el otro— parece que vaya a ceder en su postura, por lo que la situación es delicada y susceptible de empeoramiento por cualquier mal paso o torpeza que se cometa, pese a los cuidados que se ponen. Pero los incidentes son más difíciles de controlar que la diplomacia, porque la suerte va por libre; el 1 de abril (2001) se producía una colisión en vuelo, sobre el Mar de China Meridional, entre un avión “espía” norteamericano (EP-3 “Orion” de la USN) y un caza chino que salió en pareja a su interceptación, al considerarlo en su espacio aéreo; el caza de la RPC se perdió y el norteamericano logró aterrizar en la isla de Hainan. Un incidente de los que hacen sonar todas las alarmas. Como era de esperar, China se esforzó en calificar el caso como “ofensa grave” para sacar el máximo beneficio; en el tratamiento posterior de la

crisis se manifestó con dureza e intransigencia, reteniendo a la tripulación americana durante once días, mucho más del tiempo necesario, y quedándose el avión para su examen, antes de devolverlo desguzado.

Esta cuestión, que en un principio supuso una debilitación de la postura de los EEUU, que China trató de convertir en humillación, tuvo luego su contrapartida favorable a Bush y al prestigio norteamericano en la zona de Asia Oriental. Tres semanas más tarde tenía la Casa Blanca que decidir sobre una importante venta de armas a Taiwan, negociada por Clinton un año antes. La intransigente postura de China en el reciente caso del avión americano, retenido tras el accidente, permitió al Presidente Bush responder ahora con energía y mostrar su enfado con los comunistas chinos, al proclamar su disposición a ayudar a Taiwan a defenderse por si fuera atacada. El armamento vendido a Taiwan incluye 8 submarinos, 4 destructores, 12 aviones P3-Orion, vehículos anfibios y otros elementos menores; un considerable refuerzo a su capacidad militar. Sin embargo, para no llevar su decisión a límites críticos, no ha incluido en el lote los destructores, solicitados por Taipei, de la clase “Arleigh Burke” —con el sistema de combate “Aegis”, que China considera de clara diseño ofensivo— ni misiles “Harm”, helicópteros “Apache”, ni carros de combate.

Así, el arsenal de Taiwan queda sensiblemente reforzado, pero solo en su capacidad defensiva; y EEUU da un claro aviso a la RPC de que está con Taiwan, —en realidad, lo está desde el año 1979 (“Taiwan Relations Act”)— y debe, por tanto, evitar cualquier iniciativa tendente a llevar su principio de “una sola China” más allá de la proclama patriótica. Naturalmente, Pekín ha protestado por esa venta de armas, considerándolo actitud inamistosa y una inaceptable intromisión en los asuntos de la soberanía china.

En mayo (2001), el presidente taiwanés, Chen Sui-bian, viajó a los EEUU provisto de un visado norteamericano, lo que fue motivo de nueva tensión entre Pekín y Washington. Luego, visitó también Guatemala, Panamá, Honduras y Paraguay, lo que igualmente provocó el disgusto y la protesta china, al considerar se pretendía dar a ese viaje categoría de visita de jefe de estado, que no correspondía.

Pero desde aquella situación delicada en la primavera, la convivencia entró en una senda de calma y relaciones pacíficas, quizá las más llevaderas de la historia Taiwan-China. Se produjo un fuerte incremento de las actividades empresariales, con beneficio para ambas partes; bien es cierto que la prevista entrada de China y Taiwan en la Organización Mundial

de Comercio (TWO), que lleva consigo la prohibición de restricciones en los intercambios exteriores, aconsejaba ir abriendo ya las relaciones de mercado entre ambas; pero no por ello deja de constituir un dato positivo y esperanzador.

Por otra parte, las anunciadas elecciones legislativas y locales en Taiwan, para finales del presente año, estaban permitiendo descubrir los distintos movimientos de peones en este tablero electoral y sus intenciones para el futuro. Aparecía un llamado “Nuevo Partido”, favorable a la reunificación inmediata con China, que, pese a su escasa entidad, parece había de jugar un importante papel en los meses venideros. Ya en febrero (2001) logró, sumando sus votos a los del poderoso Kuomintang (KMT), que el Presidente Chen Sui-bian, desistiese de su intención de paralizar la construcción de la cuarta planta nuclear en la isla. Pero su espaldarazo le llegó el pasado 12 de Julio, cuando sus representantes se reunieron con el Viceprimer Ministro chino, el cual, privadamente, les comunicó un plan de 7 puntos para la reunificación, que daría a Taiwan un alto grado de autonomía. Según este plan, la isla sería autorizada a mantener su propia moneda, su ejército, su propio sistema político —sin intervención de Pekín— y el status de zona aduanera independiente; también, el gobierno chino actuaría en defensa de la propiedad de los ciudadanos de la isla y de la integridad de las finanzas de Taiwan; todo esto, con tal de que no se violara el principio de “una sola China”.

El plan de 7 puntos para la reunificación suponía un paquete de cesiones, o concesiones, impensable años atrás —sobre todo el relativo al mantenimiento del propio ejército— que, con seguridad, habrá hecho dudar a muchos independentistas y abrigar esperanzas de paz a los indecisos, creando así una división de criterios favorable a la idea de “un país, dos sistemas”.

Para ensombrece estas alentadoras expectativas, el partido “Unión Solidaria de Taiwan” defendía con firmeza su proclama de “dos estados”. Recomendaba a los empresarios de la isla que actuaran con más precaución en el continente, sin contraer compromisos que les dificultasen volver a la isla, sin demora, en un momento determinado. Esgrimía el principio de que Taiwan y China deben mantener relaciones “de Estado a Estado”, lo que provocó las más duras críticas de Pekín.

A favor de las relaciones pacíficas, en octubre pasado, en medio de la conmoción mundial por los ataques terroristas a EEUU, el premier de Taiwan, Chen Sui-bian, pedía a Pekín seguir dando pasos decididos a

favor de la paz entre ambas naciones. En contra, con motivo de la reunión del foro para la “Cooperación Económica Asia Pacífico” (APEC), reunido en Shanghai (octubre 2001) a nivel de Jefes de Estado, la delegación de Taiwan tomó la determinación de abandonar el foro, al cual pertenece, ante el cúmulo de humillaciones de que fue objeto por parte de los representantes chinos; no la habían invitado. Finalmente, y como circunstancia importante a favor de la distensión, en la 4ª Conferencia Ministerial de la TWO, celebrada en Doha (Qatar), en Noviembre, fueron admitidas, al fin, China y Taiwan como miembros de pleno derecho: las habituales posturas restrictivas a la entrada de nuevas naciones se habían suavizado para activar el desarrollo mundial, habida cuenta de la crisis económica que se iniciaba y aún perdura.

Japón

China y Japón mantuvieron prolongadas y crueles guerras en el pasado siglo XX que han consolidado la histórica enemistad entre ambas. Actualmente, sus relaciones son tensas debido a dos causas: reclamaciones de soberanía de las dos naciones sobre las islas Senkaku/Diaoyu, al NW de Taiwan, y, especialmente, por las inmoderadas actividades de los buques de guerra chinos en el Mar de Japón y en el Mar de China Oriental, que comparten ambos países. En el primer caso —las reclamaciones insulares— los gobiernos parecen no querer llegar al enfrentamiento y se suceden los largos períodos de calma, pero nacionalistas chinos y japoneses, de tendencias más agresivas, podrían forzar el conflicto.

El otro caso, de las actividades de la flota china en los citados mares, presenta aspectos más delicados y hasta peligrosos. En el Mar de China Oriental, los buques de Pekín desarrollan campañas de investigación tanto a un lado como a otro de la mediana que, según Japón, y de acuerdo con el Derecho Marítimo Internacional, separa las Zonas Económicas Exclusivas (ZEE) de ambos países.

En cuanto al mar de Japón, buques aislados ELINT (inteligencia electrónica) de la RPC efectúan regulares navegaciones rodeando la isla de Honshu, la principal de Japón, a corta distancia de la costa; su intención es, evidentemente, mantener a este país bajo vigilancia en relación con su posible rearme con material norteamericano.

Todas estas actividades de las unidades navales chinas resultan inamistosas y desconsideradas, rayando en la hostilidad, de las que Japón ha protestado repetidamente por vía diplomática, sin resultado. Tokio ha

llegado a cancelar préstamos a China para el desarrollo hasta tanto no se establezca un acuerdo escrito y definitivo que regule las actividades de investigación marítima de ambas naciones.

Península de Corea

La situación de riesgo existente entre las dos naciones que integran esta península ha de ser descrita con algún detalle debido a su complejidad y a que, probablemente, es la más peligrosa de Asia. Conviene recordar, en forma sumaria, los antecedentes de estas dos naciones, la República Democrática Popular de Corea, o Corea del Norte, y la República de Corea o Corea del Sur, desde la guerra de 1950-53. Como se sabe, la península de Corea está partida en dos desde el año 1945, en que fue liberada de la dominación nipona. La actual línea divisoria corre hoy próxima al paralelo 38° N que inicialmente separaba ambas partes, constituidas luego en naciones, en 1948. Solo hay un paso de frontera, en Panmunjon.

Corea del Norte, con una superficie ligeramente superior a la quinta parte de España, mantiene una fuerza de unos 700.000 hombres, 8.000 sistemas de artillería y 2.000 carros de combate dentro de las 100 millas al norte de la línea divisoria. El total del ejército de Corea del Sur es de 560.000 hombres, con una extensión de la quinta parte de la de España; hay que añadir, en el Sur, los 37.000 norteamericanos que quedaron en esa nación desde el final de la guerra (1953). En la frontera entre las dos Coreas se da la mayor concentración de tropas del mundo.

La presencia norteamericana en Corea Sur ha sido, durante estos casi 50 años, permanente motivo de protesta para Corea del Norte y también de crítica para China. Tampoco el pueblo de Corea del Sur está muy satisfecho con la presencia norteamericana, por dos razones principales: la primera, por el trato que recibe su personal militar, particularmente en los casos judiciales, debido a las cláusulas de protección que les ofrece el Acuerdo sobre el Estatuto de Fuerzas (SOFA), que los coreanos estiman un privilegio; en segundo lugar, por las dificultades que ponen los EEUU para ayudar a Corea del Sur en su deseo de dotarse, por esta vía, de mayor y mejor armamento para oponerse a la amenaza del enorme arsenal de Corea Norte. Ambas naciones continúan técnicamente en guerra, en tanto no cambien el armisticio firmado en 1953 por un acuerdo o tratado de paz.

El régimen político de Corea del Norte, de carácter stalinista, es, posiblemente, el más blindado del mundo. Desde su invasión de Corea del Sur, y posterior guerra, ha dedicado prácticamente toda su atención y esfuerzo al rearme militar, dotándose de un ejército de un millón de hombres sobre una población que se calcula en 23 millones; es decir, una proporción de ciudadanos armados que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo. Al mismo tiempo, su arsenal de armas de todo tipo, incluidas las nucleares, es impresionante, lo que ha mantenido, durante 50 años, a Corea del Sur bajo el temor de una invasión arrasadora. Para mantener la angustia, durante todo ese tiempo no han cesado las provocaciones e incursiones de espionaje sobre el Sur de la península, así como los insultos y las muestras de hostilidad entre ambos. 48 años de activa enemistad entre hermanos, sin guerra abierta, dan ida de la difícil reconciliación entre los asiáticos.

Podría pensarse que en la mentalidad de los dirigentes norcoreanos ha existido la idea de ser atacados por Corea del Sur, basada en la presencia y ayuda norteamericana, como argumento para explicar tan impresionante preparación militar; pero tal idea ha de rechazarse, al menos en la actualidad, ante la evidencia de un arsenal misilístico que supera todo concepto de la defensa, ya que sus proporciones y capacidades no solo amenazan al Sur sino que mantienen también bajo su alcance a Japón y parte de los EEUU.

Todo ese esfuerzo militar, masivo y sostenido con ingentes aportaciones dinerarias, ha significado la ruina de la nación, que se ha hundido en el caos económico y social, sumiendo a la población en un estado de penuria y necesidad extrema. A esta escasez, de lo más elemental para alimentar a la población, se ha unido la devastación agrícola que viene padeciendo.

Se ha de señalar también el dilema que se les crea a los gobiernos de las naciones donde llegan los refugiados pidiendo asilo político; la concesión del estatuto supone la irritación y protesta de Pyongyang, en un ambiente muy delicado de tensas relaciones; y la entrega de los huidos es un cargo de conciencia, habida cuenta del extremo rigor de los dirigentes norcoreanos; en muchos casos los dejan libres, sin reconocerlos, ignorando su existencia.

En este año 2001, parece que la situación se ha moderado; sin dejar de existir el hambre y la mayor necesidad, no se han dado casos de muerte por inanición; es seguro que los cientos de miles de toneladas de arroz y trigo que recibe del exterior son la causa de esta mejoría.

Es importante dejar constancia del profundo aislamiento en que se encuentra el dirigente de Corea del Norte, Kim Jong-il, para afrontar la situación de extrema necesidad de su pueblo, al ser el líder de un sistema político anacrónico, en clara disidencia con sus vecinos y con el resto del mundo, al tiempo que acumula esa ingente cantidad de armas de destrucción masiva. Mientras duró la Guerra Fría contaba con la ayuda de la URSS y de China, pero hoy se ha quedado solo; la URSS ha desaparecido, Rusia es una nación que progresa en libertades y desarrollo, y China, un líder de la evolución y de la pujanza económica e industrial, con vías comerciales abiertas en todo el mundo, lo que le ha abierto las puertas de la TWO.

Las circunstancias descritas y las presiones mundiales tenían que hacer mella en la cerrada mente del dirigente norcoreano que, como primer paso, aceptó “negociar” su potencia nuclear. En 1994, después de 16 meses de negociaciones y varios años de tensión y amenazas con EEUU, se firma en Ginebra un “Acuerdo Marco” entre estas dos naciones (precisamente cuando fallece Kim il-Sung, el “Gran Líder”, padre del actual dirigente); Pyongyang accede a cesar en su desarrollo de armas nucleares, a no abandonar el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), a aceptar las salvaguardias nucleares de la Asociación Internacional de Energía Atómica (IAEA) y a iniciar el desmantelamiento de sus reactores de grafito a partir del año 2003. A cambio, se le construirían dos reactores atómicos de agua ligera —que no permite la obtención de plutonio— para la producción de energía eléctrica, para el año 2003, posteriormente aplazado al 2008. Para ello se crea un consorcio liderado por Japón, EEUU, Corea del Sur y la Comunidad Europea de Energía Atómica (EAEC) que, con el nombre de KEDO (Korean Peninsula Energy Development Organization) se encargará de esa construcción, valorada en 4 mil millones de dólares, sin coste para Corea del Norte.

La postura de Corea del Norte durante este tiempo de vigencia del Acuerdo Marco ha sido de continuas exigencias, con la amenaza de abandonar el Tratado de No Proliferación Nuclear (NPT) y volver a su programa, al tiempo que ha seguido con su venta de misiles a varias naciones de clara significación antioccidental; una actitud identificable con el chantaje. En enero (2001) volvía a sus quejas desconsideradas por retrasos en el programa KEDO con nuevas amenazas.

Cuando en 1993 accede al poder en Corea del Norte Kim Jong-il como Presidente de la Comisión de Defensa Nacional, la nación está sumida en

la más profunda crisis económica y prácticamente aislada del mundo. En el verano del 98 lanza un misil que sobrevuela Japón antes de perderse en el Pacífico, a 1.600 km. del punto de lanzamiento, con la natural alarma de todas las naciones y muy particularmente de EEUU, Japón y Corea del Sur. No es fácil conocer las exactas razones que aconsejaron al dirigente norcoreano tomar tan peligrosa y provocadora decisión; por entonces, las relaciones con EEUU eran tensas, el Acuerdo Marco no se cumplía en plenitud y Washington le había aplicado sanciones económicas; muy probablemente lo hizo para atraer la atención mundial e infundir nuevos temores que le permitiesen seguir obteniendo beneficios.

A finales de ese año 98, el Presidente Clinton, ante esta crítica situación, nombra enviado especial al ex-Secretario de Defensa William Perry, que se traslada a Corea del Norte en el 99 y, después de varias negociaciones, emite su criterio de actuación ("Informe Perry", Septiembre 99). El documento ofrecía dos opciones: si Pyongyang observaba el Acuerdo Marco del 94, abandonando el desarrollo de reactores nucleares de agua pesada, congelaba el programa de armas nucleares, aceptaba una inspección de la IAEA y mantenía una actitud cooperativa, interrumpiendo también sus pruebas de misiles de largo alcance, los EEUU y las demás naciones implicadas cumplirían sus compromisos de ayuda, incluidos alimentos y préstamos financieros; además, se le abrirían relaciones diplomáticas y comerciales con Norteamérica y Japón. Caso de rehusar, la coordinación política entre Washington, Tokio y Seúl sería reforzada para aumentar la presión y aislamiento sobre Corea del Norte.

Clinton, siguiendo los consejos de William Perry, levantó las sanciones económicas impuestas a Pyongyang por su ayuda al terrorismo mundial. Kim Jong-il respondió cediendo en su postura y volvió a la mesa del Acuerdo Marco y a las conversaciones regulares sobre misiles y terrorismo. En octubre del 99 se iniciaron visitas mutuas de alto nivel. Corea del Norte recibió una muy considerable ayuda alimentaria en trigo y cientos de miles de toneladas de arroz de Japón; Tokio era muy proclive a la normalización de relaciones después de muchos años de tensiones y odios contenidos, por encontrarse dentro del alcance de los misiles norcoreanos y para tratar de que le fuesen devueltos los ciudadanos que se encontraban en prolongado secuestro por Corea del Norte a quien, en tal caso, promete ayuda para la construcción de infraestructuras.

En cuanto a Corea del Sur en febrero del 98, por primera vez en unas elecciones democráticas y procedente de la oposición, llega al poder Kim

Dae-jung, un demócrata liberal, que también recibe una nación en plena recesión económica, consecuencia de la crisis del 97. Trae en la mente la necesidad de reconciliación con Corea del Norte y poner así fin a 40 años de enfrentamiento, que el anterior “Gran Partido Nacional” (GNP) mantuvo en intencionada tensión. El esfuerzo de Kim Dae-jung en favor de la paz y la reunificación, su tenacidad y su paciencia ante las muestras de provocación de su vecino del Norte y de las críticas de la oposición (GNP), como también de una gran parte de su pueblo, le valieron el Premio Nobel de la Paz del pasado año 2000.

Kim Dae-jung, con su “sunshine policy” de paz y reconciliación, sus continuas invitaciones al diálogo a su vecino del Norte, soportando con inusual paciencia sus desprecios y hasta provocaciones en forma de incursiones de espionaje y sin cesar en sus frecuentes y masivos envíos de alimentos y ayuda económica logró, en junio de 2000, reunirse al fin, en Pyongyang, con Kim Jong-il y acordar con él un plan de paz y un proyecto de reunificación de ambas Coreas, después de 53 años de tensas relaciones y amenazas.

Ciertamente, la situación del Norte era desesperada y al final cedió ante una oportunidad de oro que suponía la salvación del pueblo y la rotura de un insoportable aislamiento del mundo exterior; pero también es cierto que Kim Jong-il se enfrentaba a una situación muy difícil, que aún le amenaza, pues sabía que una clara apertura le supondría, probablemente, el colapso de su dictadura. Después de dos días de conversaciones, ambas partes emitieron una declaración conjunta con el compromiso de trabajar por la unificación nacional, en alguna forma de federación, esforzarse conjuntamente por una economía equilibrada y promover intercambios humanitarios de familias separadas por la guerra de los años 50, como así se produjo, en agosto, ante la expectación mundial.

Quedaba la espinosa cuestión de la presencia de las fuerzas norteamericanas, objeto, para Pyongyang, de las más duras críticas y acusaciones de imperialismo. Pues bien, en la cumbre de junio antes mencionada, Kim Jong-il aceptaba esa presencia de fuerzas de los EEUU; sin embargo, en la prensa de Corea del Norte, contra el criterio de su propio dirigente, apareció un artículo que consideraba tal presencia militar como un obstáculo insalvable e inadmisible y manifestaba que todo lo acordado debía quedar condicionado a la salida de esas fuerzas de la península coreana. Es indudable que no se trataba de la opinión aislada de un rotativo, en un país con tan férrea censura; detrás tenían que estar altos car-

gos de los poderes fácticos; esto da idea del clima de recelo y hasta de indignación reinante en Pyongyang.

Hubo también otras muestras de desconfianza, propuestas de Kim Dae-jung no aceptadas y hasta devoluciones de prisioneros de sur a norte que no fueron “compensadas”, con fuertes protestas e inquietantes manifestaciones de los surcoreanos; pero, pese a los recelos y a las dificultades iniciales, no cabía duda de que se había abierto un claro horizonte de esperanza. Poco tiempo después, Kim Jong-il manifestaba al presidente Putin su voluntad de abandonar su programa de misiles a cambio de concesiones de los EEUU. En octubre (2000) se produjo el encuentro entre el Ministro de Exteriores norcoreano y la Secretaria de Estado M. Albright en Bangkok. Ese mismo mes, Corea del Norte enviaba un ViceMariscal a los EEUU, donde se desarrollaron conversaciones en un clima de concordia y entendimiento que terminaron con una declaración conjunta de buenos propósitos, respeto mutuo y, a reiterada insistencia coreana, pacto de no interferencia en asuntos internos de la otra nación. Siguió luego visita de la propia M. Albright a Pyongyang y hasta se habló de la visita del propio presidente de los EEUU, entonces Bill Clinton, aunque no llegó a tener lugar por ciertos recelos norteamericanos y la campaña presidencial de Washington.

La apertura al exterior de Corea del Norte trajo consigo visitas y encuentros de otros altos dignatarios internacionales con sus homólogos norcoreanos. En el año 2000 estableció relaciones diplomáticas con Italia, Australia, Filipinas y el Reino Unido, y se incorporó al Foro Regional de la ASEAN (ARF), pese a la oposición inicial de Myanmar. En enero (2001) se producía la segunda visita de KimJong-il a Jang Zemin en Pekín, recibiendo de nuevo aplausos y estímulos para seguir adelante en el proceso de reunificación, aparte de quedar nuevamente asombrado por el gran desarrollo de China.

Con la llegada a la presidencia norteamericana de George W. Bush (20-01-01), bastante más suspicaz y receloso que su antecesor, Clinton, el proceso de apertura queda paralizado y en expectativa. Al mes siguiente, Pyongyang amenazaba con reactivar las pruebas de misiles si los EEUU no se implicaban en negociaciones y KEDO no aceleraba la construcción de las plantas nucleares. En marzo (2001), con motivo de la visita del dignatario surcoreano al presidente Bush, este manifestó su escepticismo sobre la buena fe de Corea del Norte al haberse negado a la inspección de verificación que se le había solicitado, a la destrucción de sus misiles

de largo alcance —que llegaban a amenazar el territorio norteamericano— y a proporcionar un inventario de su armamento, añadiendo que, por tal motivo, quedaban interrumpidas las negociaciones.

No cabe duda de que había motivos para la desconfianza; eran muchos años de difíciles o falsas relaciones con un férreo dictador del que, a pesar de su apariencia frágil, se contaban crueldades. Norteamérica desconfiaba abiertamente y sus sospechas tuvieron respaldo el pasado mes de Mayo (2001) cuando fue detenido, en un aeropuerto secundario de Japón, el que, parece seguro, era hijo del dirigente norcoreano, con pasaporte falso y con dos mujeres y un niño, alegando intenciones de visitar Disneylandia. Todo muy extraño; un hijo del primer mandatario de Corea del Norte no necesita recurrir al pasaporte falso para esta inocente visita. A la explicación de una simple ingenuidad para ocultar una posible doble vida se oponía el que este personaje era figura muy destacada y ocupaba altos cargos en los servicios de inteligencia, lo que favorecía la sospecha de espionaje. Nadie quiso “hacer sangre” de este caso en aquellas circunstancias y pasó al silencio.

A pesar de las dificultades señaladas y de las actitudes dudosas y hasta provocativas, Kim Dae-jung ha rehusado abandonar su “sunshine policy” y también Washington ha dado pruebas de abundante paciencia en beneficio de la paz. Y parece que, aun con reservas, Kim Jong-il cede, en una postura intermedia y poco definida: ni hostigar ni abrirse francamente.

En Febrero (2001) el Presidente de Corea del Norte transmitía a su homólogo del Sur, nuevamente, que admitía la presencia de tropas norteamericanas en la península; incluso llegó a declarar que lo consideraba conveniente para la estabilidad de Asia Oriental. Hay que preguntarse si las necesidades de su pueblo, que huye y se muere de hambre, son la causa de tan drástico cambio de criterio; o si lo es el reconocimiento de que su política ha quedado desfasada y no le lleva a ninguna parte, mientras las naciones a su alrededor progresan y alcanzan envidiables cotas de bienestar —especialmente China, también comunista— impensables para él hasta ahora; serían explicaciones similares a las que llevaron a la caída de la URSS. Pero cabe también la duda de si esta será, una vez más, una muestra de su juego del engaño; de entregar primero para retirar después.

En Marzo (2001), Vladimir Putin realizó una visita a Kim Dae-jung en Seúl y, aparte de felicitarle por el tercer aniversario de su subida al poder, le manifestó su pleno apoyo al proceso de reunificación. En Mayo esta-

blecía España relaciones diplomáticas con Corea del Norte, encontrándose el Secretario de Estado de Exteriores español, allí presente, con la sorpresa de que dicho país quería introducir la enseñanza del español en la nación. En ese mismo mes lo visitaba una delegación de la UE encabezada por su presidente de turno; hasta entonces, Europa había jugado un ínfimo papel en esa nación. Kim Jong-il les aseguró que quería continuar las conversaciones de reunificación con Corea del Sur, por entonces interrumpidas, y que respetará la moratoria sobre misiles hasta el 2003, según lo acordado. La delegación europea visitó después Corea del Sur y entregó a Kim Dae-jung un mensaje personal del dirigente norcoreano con esos compromisos.

A finales de julio (2001), Kim Jong-il emprendía viaje a Moscú por tren, —parece que por temor al avión— 10 días de viaje, 10.000 km., para devolver la visita a V. Putin. Días antes de su llegada, el Kremlin lamentaba públicamente el actual estancamiento del diálogo entre las dos Coreas e invitaba a Corea del Norte a participar en las conversaciones ruso-americanas sobre defensa. El dirigente norcoreano se alojó en el Kremlin, evitando su embajada por las manifestaciones pro-derechos humanos que le anunciaron. Allí, Kim Jong-il dijo que su programa de misiles no amenaza la paz mundial, como habían declarado los EEUU; que es un programa “pacífico” y que ninguna nación debe sentirse amenazada “si respeta a Corea del Norte”. También confirmó la moratoria acordada hasta el año 2003.

Como conclusión de las conversaciones, se emitió una declaración conjunta con el siguiente contenido: cooperación de Rusia y Corea del Norte en favor de un nuevo orden mundial justo que garantice la seguridad de la comunidad internacional; arreglo pacífico de los conflictos en un marco de no confrontación; mayor papel de las NNUU en el concierto mundial; reafirmación de la importancia del Tratado ABM (1972) entre Moscú y Washington como base para futuras negociaciones de reducción; finalmente —y muy significativo— declararon que “todos los estados tienen igual derecho a unos niveles de seguridad equivalentes”, lo que hay que interpretar como censura al proyecto norteamericano NMD (National Missile Defence). También, como no podía ser de otra forma, Corea del Norte se unió a Rusia y China en su oposición frontal al otro programa de EEUU de Defensa de Misiles de Teatro (TMD). Y una vez más, en el juego de las contradicciones, el presidente ruso manifestó que apoyaba la petición de Corea del Norte de retirada de las tropas norteamericanas de aquella península.

Algunas referencias más sobre Corea del Norte para finalizar este apartado: su PIB ha registrado decrecimiento en los últimos 9 años, hasta 1999, en que dio una ligera cifra positiva, seguramente debido a la ayuda exterior. Desde 1996, las aportaciones que ha recibido de EEUU, China, Japón, Corea del Sur, Unión Europea, Suecia y Canadá ascendieron a unos 200 millones de dólares anuales. No obstante, y según la propia prensa, su situación económica es aún crítica, aunque el empuje que está dando a su desarrollo industrial, agrícola y de infraestructuras es muy considerable.

Aparentemente, en nada ha disminuido su desarrollo y capacidad militar, con una desproporcionadas fuerzas armadas que son el apoyo del régimen, el orgullo de su gobierno, la justificación ante el pueblo de sus esfuerzos económicos y un claro argumento para disuadir a sus ciudadanos de toda tendencia extranjerizante, o ajena a la cerrada ideología stalinista que los inspira, que no sea decidida y controlada por el propio gobierno. Se sabe que tiene enormes instalaciones militares subterráneas y un inmenso poderío en armamento nuclear, biológico y químico, que se sospecha sigue desarrollando y transfiriendo a otras naciones.

En esta nueva época de apertura, cada vez que EEUU va a realizar maniobras militares en suelo coreano lo comunica a Pyongyang como unilateral medida de seguridad y confianza, lo que no tiene reciprocidad; es más, en unos recientes ejercicios en que dos aviones de la USAF entraron por error en el espacio aéreo norcoreano, la inmediata protesta del Norte lo calificaba de “provocación militar grave”; Corea del Sur se apresuró a explicar que fue un error accidental, no intencionado.

En cuanto a Corea del Sur, su presidente, Kim Dae-jung ha perdido en valoración para su pueblo; la euforia de la cumbre de junio 2000 ha cedido ante la falta de progresos claros en la relación de ambas naciones y el elevado coste que les está suponiendo, aunque su batallador presidente sigue en su esfuerzo y en septiembre llegaba a un nuevo acuerdo para reanudar los encuentros, aun limitados, de familias separadas. Además, las elecciones presidenciales previstas para finales de año lo han convertido en blanco de las críticas de la oposición y la economía no termina de despegar, con algunos cierres de empresas muy sonados, como Daewoo. En Octubre, Kim Dae-jung ofrecía su ayuda a Washington en la guerra contra el terrorismo, ofrecimiento que Bush tomó en consideración, acordando un encuentro de altos responsables de ambas naciones en Seúl.

Pese a todos los recelos y dificultades hasta aquí señalados, el panorama en la península de Corea es mucho más tranquilo y esperanzador

que lo fue nunca en los 56 años anteriores. La implicación personal de Kim Jong-il en el proceso de reconciliación y su entusiasmo por el modelo de reformas en China, que quiere imitar, permiten pensar que será difícil para sus generales y ministros el intento de vuelta atrás.

India y Pakistán

La India y Pakistán se han enfrentado en guerra en tres ocasiones desde su independencia de Gran Bretaña en 1947; dos de ellas tuvieron como causa el control de la región de Jammu y Cachemira, que se reparte en 2/3 para India y 1/3 para Pakistán. Las aspiraciones de ambos países por la soberanía de esta región constituyen causa de conflicto permanente. Islamabad (Pakistán) exige se cumplan las resoluciones de la ONU, que determinan se realice un referendun entre la población de Jammu-Cachemira —mayoritariamente musulmana— para decidir si se une a India o a Pakistán; en esta última, el 95% de la población es musulmana, mientras la India es de mayoría hindú. El resultado de ese referendun sería, con toda probabilidad, favorable a Pakistán, razón por la que la India rechaza la consulta alegando que Cachemira es parte de su territorio nacional y no admite sea tema de discusión, ni siquiera la mediación de un tercer país.

India, al igual que EEUU, acusa a Islamabad de acciones terroristas en esa región desde 1989, con la pérdida de 20.000 vidas ya. Pakistán dice que todas esas acciones las realizan los propios habitantes de Cachemira, que no quieren permanecer unidos a la India. La realidad es que los guerrilleros son independentistas y musulmanes que se infiltran en Cachemira y atacan a los soldados indios. Nueva Delhi acusa a Islamabad de apoyar esos movimientos, lo que esta niega, al tiempo que reclama el derecho de autodeterminación. El caso es que los incidentes graves se suceden de forma continua: en menos de 4 meses se han producido 200 muertes.

Pero la hostilidad de estos dos países no es de ahora ni sólo por la región de Jammu y Cachemira; como es bien sabido, la hostilidad entre ellos comenzó en las épocas de la colonización británica; a la llegada de los ingleses dominaban en la India los musulmanes, pero se sintieron postergados ante la preferencia que Gran Bretaña dio a los hindúes, asignándoles todos los cargos preferentes y los puestos en la administración; entonces comenzaron los odios religiosos, que dieron lugar a la separación en dos naciones. Nunca ha habido paz entre ellos.

El mundo occidental ha podido ignorar ese permanente foco de discordia entre ambos países hasta que, en su carrera de armamentos, se han dotado de capacidad atómica. En mayo de 1998, la India efectuó 5 ensayos nucleares, que también llevaban la intención de advertir a China, su otro antiguo adversario, que ella también disponía de la poderosa arma. A ellos contestó Pakistán con 6 pruebas ese mismo mes. Como consecuencia de aquellas provocaciones con armas nucleares cundió la alarma en el mundo. La comunidad internacional percibió el enorme riesgo de no intervenir y se apresuró a manifestar su condena y a aplicar sanciones económicas a ambos países. La India detuvo su programa de desarrollo nuclear, pero no el de misiles portadores. Pakistán gastaba por entonces el 26% del presupuesto en defensa. Ambas redujeron inicialmente sus asignaciones monetarias al armamento militar, India del 3,3 al 2,5% del PIB; y Pakistán del 6% al 4,5, pero, naturalmente, las dos naciones conservan su capacidad nuclear y su enemistad de 60 años. Y en febrero de este año, el primer ministro indio, Vajpayee, anunciaba un incremento de su presupuesto de Defensa en un 13,8%.

Esto sucede entre dos naciones marcadas por la inmensa pobreza, con un problema demográfico abrumador (la densidad de población en Pakistán es 3 veces superior a la de España y 5 veces mayor en la India), con estructuras sociales anquilosadas, una configuración política de muy difícil control —la coalición que gobierna en la India se compone de 23 partidos—, de una enorme complejidad étnica y lingüística, con marcadas diferencias sociales y un alto grado de corrupción; en Marzo, en la India, un escándalo de corrupción en el Gobierno y en las Fuerzas Armadas le costaba el cargo al Ministro de Defensa y al presidente del partido, y el tribunal supremo abría 4 meses de investigaciones. Tampoco Pakistán se escapa de corruptelas, que es habitual acusación a sus gobernantes. Como consecuencia de todo ello, existe un preocupante descontento social interno, que en la India se suma a tendencias insurgentes y separatistas de diversos grupos en constante hostigamiento al gobierno. Sin olvidar la ya mencionada peligrosa y arraigada hostilidad entre ambas naciones, apoyada por la diferencia religiosa.

La población musulmana de la India, en medio del hinduismo mayoritario, es tan solo del 12%, pero ese porcentaje se traduce en 120 millones de acosados y menospreciados seguidores del Islam, aunque su condición haya mejorado con la llegada al poder del primer ministro Vajpayee, de talante conciliador. Es de prever que las tensiones sociales aumenten,

pero no por las diferencias religiosas sino por razones políticas y especialmente por las económicas.

La presencia del arma nuclear en ambas naciones, como ya se dijo, es factor de grave riesgo e inestabilidad, e indudablemente el de mayor preocupación mundial, particularmente en el caso de Pakistán, aliado y defensor de los talibanes afganos en el momento del ataque terrorista a EEUU del 11 de septiembre y que centró las expectativas mundiales en la persona del General Musharraf en los días posteriores; de ello se hablará más adelante, pero sí procede comentar ahora que las grandes potencias tradicionalmente implicadas en esa zona de Asia Meridional —EEUU y China del lado de Pakistán y Rusia con la India— han actuado, en el caso citado, como coeficiente pacificador. Los sucesos terroristas contra la nación norteamericana han traído, aparte de muchos males y una enorme pérdida de vidas humanas, una esperanza de solución para el largo enfrentamiento entre India y Pakistán. La necesidad de Washington de encontrar apoyo en las naciones próximas a Afganistán y la más imperiosa de garantizar el confinamiento de las armas nucleares de Pakistán desembocaron en la pronta alineación de esta con los EEUU, pese a la violenta oposición interna. Esto llevó a los EEUU a levantar las sanciones económicas que aún mantenía sobre estos dos países por sus demostraciones nucleares, con gran alivio para ambos y muy especialmente para Islamabad. También España —que ya en febrero había enviado al Príncipe de Asturias a la capital pakistaní, con motivo de una feria internacional— apoyó a Islamabad, cancelando su deuda.

Pakistán y la guerra de Afganistán

Los ataques de islamistas radicales sobre los EEUU han situado a Pakistán en la cabecera de las noticias mundiales. El 11 de septiembre sacude a Norteamérica una profunda conmoción, pero en el gobierno de Islamabad debieron de sonar todas las alarmas. Pakistán era ese día el único apoyo declarado de los talibanes de Afganistán, donde se preparaban los terroristas de Osama ben Laden, que llevaban años actuando contra los intereses de los EEUU. El dirigente de la nación, General Pervez Musharraf, sabía que su comportamiento había sido repetidas veces censurado por Norteamérica, que calificaba a Pakistán de “rogue state”; y que se encontraba estrechamente vigilado y en tensa relación internacional por su programa de armas nucleares, desarrollado con la ayuda de China y Corea del Norte. Igualmente conocía las sanciones que la ONU había aplicado al gobierno talibán de Kabul, no reconocido como legítimo. Así pues, se enfrentaba a la mayor crisis política de su vida.

Sin embargo, Pakistán se puso del lado de los EEUU; la intensa labor diplomática, las promesas de ayuda de Washington y la presión internacional consiguieron el milagro de tan radical cambio de postura. Como primera medida, consciente Musharraf de la gravedad que suponía su almacén de armas nucleares ante una posible reacción incontrolada de las masas pro-talibanes de su pueblo, a los dos días, según declaró, puso a buen recaudo las armas, anulando toda posibilidad de empleo operativo. Es procedente recordar la situación de Pakistán al producirse aquellos sucesos que situaron a toda la población mundial ante las pantallas de televisión.

Los pakistaníes son difíciles de gobernar y de someter, altaneros, prontos a la protesta y a la agresión, con una gran falta de oportunidades y de esperanzas, circunstancias óptimas para dejarse captar por cualquier llamada a la rebelión o al heroísmo suicida que, según la *yihad*, los lleva al paraíso. A Musharraf lo han precedido 4 ó 5 magnicidios. Cuenta en el interior con el grupo terrorista Harakat ul-Mujahidin, compuesto por varios miles de combatientes armados, muchos suicidas, que apoyan Arabia Saudí, otros estados islámicos del Golfo, pakistaníes simpatizantes y muchos habitantes de Cachemira; grupo que ha mantenido estrecha relación con Osama ben Laden desde 1998 en que se adhirió a su *fatwa*.

Musharraf no ha logrado las reformas económicas que anunciaba y que le eran imprescindibles para conseguir el apoyo sólido del Fondo Monetario Internacional (FMI). Tiene un déficit presupuestario del 6,4% del PIB y la deuda del Estado es superior al 50% del PIB. Menos del 1% de la población paga impuestos, debido a un insuficiente sistema impositivo. En Pakistán no hay apenas ley escrita. Hasta el pasado noviembre, la venta de armas era libre, por lo que casi todos los hombres van armados. La violencia es frecuente en las calles, incluidas bombas de terroristas. En Marzo, el gobierno hubo de arrestar a 22 líderes de la oposición y a más de 1.500 activistas con motivo de una revuelta nacional en más de 20 distritos que pedían democracia. En agosto se producía otro atentado en Lahore con 15 heridos.

En este panorama llega el 11 de septiembre y los atentados terroristas de Nueva York y Washington. La reacción y elección de bando para el presidente pakistaní, hasta entonces principal aliado de Afganistán, era enormemente complicada; cualquier cosa que hiciese le suponía un enorme riesgo. El 63% de la población se manifestó partidaria de ayudar a Afganistán si los EEUU, como estaban anunciando, la atacaban. Las

opciones eran: ayudar al mundo occidental o apoyar al régimen talibán; en el primer caso, eran de temer revueltas interiores masivas y violentas, desestabilización, posibles ataques de los propios talibanes, acciones terroristas, dimisiones y desercciones en sus propias filas y la probable reprobación y aislamiento del mundo islámico; su homólogo afgano anterior fue arrastrado por las calles y ahorcado por los talibanes. La otra postura, la alineación con el terrorismo y Osama Ben Laden, suponía enfrentarse a los EEUU y a toda la coalición internacional, que ya se preparaba para el envío a la zona de una poderosa fuerza militar; aparte de convertirse en blanco de la máquina militar norteamericana, era su suicidio político. La elección no era sencilla. Le quedaba un año de gobierno y podía pasar a la historia como héroe o como villano.

Como primera medida, en su indefinición, intentó mediar ante las autoridades de Kabul para la entrega de Osama Ben Laden; pero, incluso en esta actitud, se encontró con las primeras dificultades: su Jefe de los Servicios Secretos (ISI), General Mamud, al que envió a Kandahar (Afganistán) a negociar con el Mulá Omar, máxima autoridad religiosa talibán, en su connivencia con el grupo radical islámico, aprovechó su presencia entre ellos para organizarles un plan de defensa ante el previsible ataque de los EEUU; tuvo que destituirlo.

La intensa campaña de negociaciones de Washington con Musharraf dio resultado positivo, lográndose el apoyo de Islamabad. Apoyo operativo, en forma de libertad de sobrevuelos, cesión de bases aéreas —aunque solo para acciones logísticas y humanitarias, que Bush comprende— alojamiento de tropas y, sobre todo, lo más valioso para el Pentágono, inteligencia sobre el enemigo. El ISI (Inter Services Intelligence), con unos 40.000 hombres dedicados a hacer inteligencia, lo sabe casi todo sobre los talibanes, sus bases, medios, procedimientos y organización, aunque a Norteamérica le será arriesgado decir de qué lado está el ISI y qué grado de veracidad tendrá la información que suministren.

Washington ha tenido que ofrecer mucho, pues tenía imperiosa necesidad de ese aliado, único en la zona con sus características, y jugó bien sus cartas, que no eran buenas. Musharraf, militar hábil y práctico, supo hacer de la necesidad virtud y eligió la opción más ventajosa, uniéndose a Occidente con todos los riesgos que eso entrañaba; hubo de sopesar su difícil situación, tanto en el interior como en el exterior; la enorme entidad de la coalición antiterrorista internacional, incluido el Consejo de Seguridad (CS) de las Naciones Unidas, ante el horror de aquellos ataques

al corazón del mundo occidental; la postura a favor de los EEUU adoptada por su valedor, China; la decisión en igual sentido de Arabia Saudí y Egipto; sus necesidades financieras; su prolongado enfrentamiento con la India, para el que podría ahora encontrar apoyo en Washington, que le había vuelto la espalda por su apoyo al terrorismo islámico, al tiempo que prestigiaba a Vajpayee; etc. No parecía tener otra solución ni otra opción moral que unirse a los EEUU, con la esperanza de que su valiente y arriesgada decisión le sacase del aislamiento y aliviase las necesidades de su nación.

Como era de esperar, la determinación de Musharraf echó a las calles de Pakistán, particularmente en las ciudades fronterizas de Quetta y Peshawar, a multitudes enfurecidas y amenazantes de radicales islámicos pro-talibanes, con quema de banderas y símbolos norteamericanos, adhesión a Osama Ben Laden y proclamas de guerra santa (*yihad*) contra los infieles. Los gobiernos de occidente aconsejaban a sus ciudadanos el abandono del país o la adopción de toda clase de medidas de seguridad. El gobierno de Islamabad organizó también sus manifestaciones en las calles, en defensa de la decisión adoptada y pregonando un Islam no terrorista. El presidente llamaba a la población a la calma y justificaba ante el pueblo su decisión como el “mal menor para Pakistán” y diciéndoles “tenemos que estar convencidos de que apoyamos la causa correcta”, invitándoles a meditar sobre el juego de las ventajas.

Quedaba así Musharraf, en su propia nación, entre el extremismo islámico y los musulmanes moderados; aliado de Bush y calificado de traidor por Osama Ben Laden y sus seguidores; y presidiendo un gobierno militar con muchos simpatizantes integristas (aproximadamente un 30% sobre 750.000), aunque la mayoría moderada le respaldaba. El 12 de octubre destituía a varios generales que dos años antes le apoyaron para llegar al poder, situación extremadamente delicada. También con EEUU tuvo diferencias: no veía con simpatía el apoyo americano a la “Alianza del Norte”, que luchaba en Afganistán contra los talibanes que la expulsaron de Kabul años antes, ya que, si terminaban haciéndose con el poder, estarían en contra de los 16 millones de pashtunes que tenía en Pakistán, por ser de la misma etnia que los talibanes, lo que le traería muchas contrariedades y le impediría ser pieza clave en el futuro afgano. Tampoco era partidario de una guerra prolongada, como anunciaba Washington, ya que podía desencadenar mayor descontrol y violencia interior de la que ya había, además de quebrar el mes santo del Ramadán (nov-dic).

Pero Musharraf recibió un valioso respaldo político de los EEUU con las sucesivas visitas de sus enviados, altos cargos, a Islamabad; ese respaldo de la gran potencia fue, probablemente, decisivo para enfriar a las masas radicales. Bien se ha visto el amplio compromiso con la causa en forma, también, de visitas de dirigentes y altos cargos de las naciones occidentales —entre ellos el Ministro de Exteriores español— y de la propia UE, lo que, sin duda, habrá tranquilizado a los partidarios de Musharraf.

Afganistán y Pakistán desplegaron prontamente sus fuerzas en la frontera común (1.400 km); por parte de Kabul, 25.000 mujahidines (combatientes islámicos), con misiles tierra-tierra “Scud” de 300 km de alcance, teniendo Islamabad a 200 Km; también cerraron su espacio aéreo, con anuncio de derribo de todo avión que lo violase, exceptuados los de la ONU y Cruz Roja, previa autorización de sobrevuelo. A esta peligrosa situación se unía la enormemente penosa de los refugiados afganos; ya, antes de la guerra, había en Pakistán 2,5 millones de huidos del enfrentamiento entre talibanes y la Alianza del Norte; el socorro de estas pobres gentes, hacinadas en campamentos del tamaño de pequeñas ciudades, sin agua, corriente eléctrica ni servicios de ninguna clase, fue extremadamente difícil, a pesar de los denodados esfuerzos de ACNUR y de la Cruz Roja Internacional; ACNUR quería acoger a los que seguían llegando, faltos de todo, pero Islamabad se vio obligada a cerrar la frontera, por saturación, a todos los hombres sanos. Algunos llevan allí 20 años, desde la invasión soviética de su país; tampoco todos llegaban huyendo de la guerra, sino acuciados por el hambre, procedentes de tierras agotadas por la sequía.

El 7 de octubre comenzaron los ataques aéreos norteamericanos sobre territorio afgano y, poco después ya había un mínimo de 15 aviones de los EEUU —incluidos “Hércules” C-130 para el transporte de tropas— en distintas bases de Pakistán. La presencia militar causó las esperadas manifestaciones de protesta, violencia y enfrentamientos con la policía, a lo que el gobierno fue respondiendo con dureza creciente. El 15 de ese mes llegaba a Pakistán Colin Powell para informar a Musharraf de la evolución de la guerra; esto motivó una huelga general, con manifestaciones violentas delante de la base aérea de Jacobabad. La protesta había sido convocada por la Alianza de los Ulemas del Islam, que actuaba abiertamente arengando a las masas a la rebelión y la protesta. Peshawar y Quetta, cerca de la frontera, fueron los escenarios más violentos, pero también hubo altercados en Islamabad. Powell visitó también Delhi, en intento de pacificación entre ambas naciones por el problema de Cachemira.

El 28 se produjo un ataque de varios fanáticos armados a la iglesia cristiana de Bahawalpur durante un acto religioso protestante; hubo 18 muertos, sin otra explicación que el odio a Occidente, centrado esta vez en inocentes compatriotas, pero de religión cristiana. A primeros de noviembre se organizaron espontáneos alistamientos de voluntarios pakistaníes pashtunes y árabes para luchar en Afganistán contra los EEUU; Kabul dijo al principio que no los necesitaba y que se mantuviesen preparados, pero, transcurridos unos días, fueron entrando a razón de unos 1.500 hombres armados cada día; en una semana se contabilizaron unos 10.000. Estas incorporaciones no suponían, obviamente, ningún riesgo para las operaciones norteamericanas, limitadas a bombardeos desde el aire, pero sí para los combatientes de la Alianza del Norte, que se preparaban para avanzar sobre los talibanes en el poder.

El 3 de noviembre aparecen los dos primeros casos de infectados por antrax en Pakistán, a los que siguen otros en días posteriores. Un nuevo problema para Musharraf, que no dispone de los medios que tiene EEUU, pero se mantiene firme en su postura pro-occidental. Poco después se vuelve a la normalidad. Al día siguiente, el Secretario de Estado de Defensa de los EEUU, Donald Rumsfeld, llega a Islamabad en gira por Rusia, Tajikistán, Uzbekistán e India; aparte de respaldar a su aliado, quiere informarle sobre la marcha de las operaciones y los planes del Pentágono para las próximas semanas, previas al Ramadán y al duro invierno afgano, que supone la iniciación de la ofensiva terrestre. El dirigente pakistaní insiste de nuevo en la conveniencia de acortar las acciones y respetar el Ramadán, pero Rumsfeld le dice que van a continuar los ataques porque las acciones terroristas y las amenazas continúan. Sobre el tema de los refugiados, que siguen entrando, Musharraf se reafirma en su decisión de no admitir más, y propone que sean atendidos al otro lado de la frontera, en territorio afgano, garantizando él la seguridad de los convoyes humanitarios, como así se lleva a efecto.

El dirigente pakistaní, cada día más firme en su postura y transcurrido un cierto tiempo de tanteo y condescendencia, comenzó a endurecer sus actuaciones. El 8 de noviembre, después de haber cerrado el consulado talibán en Karachi, suspendió las ruedas de prensa que el embajador talibán en Islamabad daba cada tarde en términos duros contra los EEUU, al que llamaba “régimen asesino”; le pasó una nota recordándole los límites de su actividad diplomática y dio por finalizadas sus declaraciones públicas; a esta medida siguió el cierre de todas las sedes diplomáticas talibanes en Pakistán y, finalmente, la embajada. El 9 caía la ciudad de Mazar-

i-Sharif, en la parte septentrional de Afganistán, en manos de la Alianza del Norte. Ese día, en ausencia de Musharraf, en la Asamblea General de las NNUU, se produjo en Pakistán una huelga general instigando a la desobediencia civil, con moderado seguimiento pero acompañada de gran violencia, con palos, pedradas, disparos e intento de detención de trenes; el gobierno, que había anunciado la aplicación del Código de Justicia Militar a quien participara, se mantuvo firme; uno de los mulás más influyentes, que se encontraba en arresto domiciliario, fue encarcelado y otros líderes radicales, confinados en sus domicilios; hubo 4 muertos y más de 200 detenidos.

El día 10 de Noviembre, Musharraf, en la Asamblea de las NNUU, volvió a insistir a Bush en la necesidad de acortar la duración de la guerra y respetar el Ramadán, pero también reafirmó su colaboración con los EEUU en la lucha contra el terrorismo. Bush, por su parte, le agradeció su lealtad, concediéndole, desde la misma tribuna de la Asamblea, mil millones de dólares, pero también se expresó en términos firmes sobre la continuidad de los ataques. Musharraf, en su viaje a la ONU, pasó también por Washington, Estambul y Londres; ante la preocupación internacional por la violenta contestación interna en su nación, dijo que no era motivo de inquietud, que iba disminuyendo y que sólo se trataba de 1.000 o 2.000 personas en una población de 150 millones.

Los demoledores y continuos bombardeos norteamericanos y la euforia de la Alianza del Norte (Frente Unido), que contaba con apoyos internacionales, provocaron el progresivo derrumbamiento del régimen talibán en tierra afgana. El 13 de noviembre caía Kabul, que había sido abandonada por los talibanes, y era ocupada por los combatientes del norte, pese a que se les había pedido no tomaran la ciudad hasta que se acordase una forma de gobierno provisional de coalición y así pareció lo habían aceptado; la ONU, y toda la comunidad internacional, temían que un gobierno de sólo los vencedores —tayicos, uzbekos y afganos— con exclusión de todas las demás etnias, y, sobre todo, de los pashtunes —13 millones, en el bando talibán— significase una vuelta a las feroces luchas internas, a la represión y a la venganza, como ha sido tan frecuente en la historia de Afganistán. Para Musharraf fue motivo de especial preocupación, buen conocedor de los desmanes de los vencedores y de la probable exclusión de los pashtunes, y apoyó decididamente la idea del gobierno de coalición, aunque fuese de forma provisional hasta unas elecciones democráticas controladas por las NNUU; necesitaba rehabilitarse ante los pashtunes, sus antiguos aliados traicionados —de los que tiene 16 millo-

nes en su territorio— a los que quería ayudar a integrarse en un Afganistán en paz, librándose así de enemigos internos y haciéndose perdonar por su alineación con los EEUU.

Con la caída de Kabul y la mayor parte del territorio afgano en manos del Frente Unido, casi desaparecen las manifestaciones pakistaníes a favor de los talibanes; Islamabad rompe definitivamente relaciones con el régimen del Mulá Omar. Se logra, también, que todas las etnias afganas estén representadas en las conversaciones que se celebran en Bonn (Alemania), el 27 de Noviembre, para decidir un gobierno de coalición nacional; la presencia de los pashtunes no supone especiales dificultades, particularmente por la gran cantidad de ellos que se han pasado a las filas de la Alianza del Norte, incluidos altos cargos, y que son admitidos sin reservas, como tributo a los vencedores. También se recrudecen los problemas de los huidos en la frontera de Pakistán con territorio afgano; Musharraf está decidido a no dar acogida a los que le traicionaron alisándose en las filas talibanes y tampoco quiere que otra vez formen cuartel en suelo pakistaní para repetir la historia, por lo que su policía los recibe a pedradas.

Indonesia

País clave en el SE asiático por su tamaño —unos dos millones de Km²— su ingente población —210 millones de habitantes—, su rápido crecimiento hasta la crisis del 97, su intensa actividad comercial, su condición de mayor estado musulmán del mundo y, muy particularmente, por su situación y condición estratégica; pero también por su inestabilidad y fragilidad internas, al albergar más de 100 etnias diferentes, con 200 lenguas y dialectos, y una población inconformista, agresiva y tendente a la protesta callejera violenta y hasta cruel. Sus dos primeros gobiernos, desde la independencia en 1949, que se prolongaron durante medio siglo, fueron dictaduras de pleno respaldo militar; a su finalización, en 1998, con la caída de Suharto, dejaron una nación con enormes diferencias sociales, con la corrupción firmemente asentada y bajo el control del poder militar. A todo esto se unen movimientos separatistas, sangrientos enfrentamientos étnicos y una cruel intolerancia religiosa, con un islamismo de tendencia integrista en alza (el 70% de la población es musulmana y un 5% cristiana).

Estas características y particularidades se dan en una nación formada por 17.000 islas, lo que permite suponer la dificultad de su control y expli-

ca —aunque no justifique— el rigor y la violencia con que el ejército y las fuerzas de seguridad del Estado se aplican en la contención de la disidencia y el desorden.

En Julio (2001) llega al poder Megawati Sukarnoputri, hija de Sukarno, el primer dirigente de la nación. Es una mujer de 59 años, en su tercer matrimonio, sin especiales conocimientos ni profesión alguna, con escasa cultura, conservadora, moderada, sin ideología ni religión definidas y cuyos únicos méritos personales parecen ser su apellido y la paciencia. Los cuatro dirigentes que la precedieron, cayeron: Sukarno, su padre, por golpe de estado; Suharto, por el caos reinante y la presión de las revueltas populares tras la crisis económica de 1997-98; Yusuf Habibie, al haber encabezado un gobierno de transición en el que perdió la provincia de Timor y ser rechazado por los militares y por el pueblo; y Abderrhaman Wahid, enfermo y casi ciego, al no haber sabido llenar el vacío de autoridad que dejó Suharto; no solucionó los problemas existentes ni puso coto a los desmanes ni a la corrupción; terminó acosado por los militares y acusado, él mismo, de corrupción.

La caída de Wahid, primer presidente indonesio elegido por el pueblo, a los 21 meses de su llegada al poder, parece un fracaso tan rotundo de la democracia que suscita serias dudas sobre la viabilidad de este sistema de gobierno en el país de las 17.000 islas. Pero, aún sin descartar la idea de que, efectivamente, el país puede no estar todavía en condiciones de asumir un cambio político tan radical, sí resulta procedente preguntarse si Wahid era la persona adecuada para esta primera experiencia democrática.

Pareció al principio que el dirigente estaba llevando con éxito a las fuerzas armadas (FAS) bajo el control civil, pero esta iniciativa no tuvo continuidad. Los militares habían asumido que su representación en la cámara baja fuese reducida de 75 a 38 escaños; y también, algunos cambios importantes en la cúpula; incluso aceptaron, sin gran trauma, la destitución del ministro coordinador para asuntos políticos y de seguridad, y ex-Comandante en Jefe de las FAS, general Wiranto (febrero 2000), pese a la resistencia tenaz del interesado; ciertamente, su despiadada actuación y responsabilidad en la sanguinaria venganza contra los timorese — por haber optado en referendun por la independencia— lo había dejado en mal lugar y su marcha fue aceptada; pero parece que este cambio fue la gota que hizo rebosar el vaso de la impaciencia militar. Wahid había substituido a Wiranto por otro general más asequible a las reformas, pero, a los cinco meses del nombramiento, la cúpula militar lo substituyó por

otro (General Ryacudu) sin dar cuenta a Wahid ni al Ministro de Defensa (el civil Sudharsono); y un mes después, lo volvió a cambiar por otro (Mohamed Mahfud), por el mismo expeditivo procedimiento. Ninguna de estas dos desafiantes actuaciones recibió la fulminante respuesta que los usos occidentales nos permiten concebir.

Mientras tanto, los movimientos separatistas y revolucionarios seguían sucediéndose sin una adecuada actuación del gobierno: en septiembre (2000), un atentado con bomba en la Bolsa de Yakarta produjo 15 muertos; a finales de ese año, los movimientos islámicos radicales atacaron las iglesias cristianas donde se estaba celebrando la Navidad, con 18 bombas en 7 lugares distintos, 5 en Yakarta, con el resultado de 14 muertos y 95 heridos, sin que nadie reclamase el hecho ni apareciesen los responsables (se pensó en las FAS, por la disponibilidad de explosivos y la precisión del atentado múltiple). Los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes en las islas Molucas ya habían elevado la cifra de muertes a 5.000 en los dos últimos años. Fuese por negligencia o por debilidad, Wahid no sabía imponer el Estado de derecho. Todo esto fue debilitando las esperanzas que el pueblo había puesto en el primer gobierno de la democracia. La Vicepresidenta Sukarnoputri fue acercándose a la institución militar, bien por simpatía hacia los que respaldaron a su padre o bien como maniobra política; el caso es que la cúpula de las FAS, descontenta con Wahid, se alineó con ella y comenzó a tramitar el derrocamiento del presidente.

En Febrero (2001), la Asamblea Consultiva del Pueblo censuró a Wahid por dos escándalos financieros, que se cifraban en 6 millones de dólares, y le concedió 3 meses —prorrogados luego a 4— para preparar su vindicación. En la primavera, el gobierno se tambaleaba ante las dificultades económicas, los episodios de violencia, el desafecto de la institución militar y las acusaciones de corrupción a su presidente. Los partidarios de Wahid, o los enemigos de las FAS, que venía siendo lo mismo, se echaron a la calle en violentas manifestaciones de obreros y estudiantes para impedir el procesamiento; en una de las sesiones del Parlamento que trataba la cuestión, rodearon el edificio con intenciones de asaltarlo, con tales muestras de violencia y determinación que hubo de ser defendido por 9.000 soldados y policías. En Mayo y Junio, el Parlamento rechazó las justificaciones de Wahid ante las acusaciones de corrupción y le convocó a una sesión extraordinaria en Julio, donde habría de votarse su continuidad o destitución. El Presidente consideró que la cámara había actuado ilegalmente y disolvió el Parlamento, convocando elecciones para un año después.

El 23 de julio (2001), la Asamblea Consultiva del Pueblo destituyó a Abderrhaman Wahid por el 57,5% de los votos de los presentes y nombró Presidenta de Indonesia a la Vicepresidenta Megawati Sukarnoputri. Wahid se negó a reconocer la validez de las decisiones de ese Parlamento, oficialmente disuelto, y, después de 21 meses de gobierno, casi ciego, casi impedido de movimiento como consecuencia de dos embolias, con hipertensión, diabetes y solitario, se retiró a Palacio, sin otra compañía que el servicio doméstico. Se inicia entonces una situación confusa, con dos presidentes, porque ni la nueva elegida ni las autoridades del Estado quieren forzarlo a marcharse. Megawati continúa en su despacho de la Vicepresidencia atendiendo los urgentes asuntos de la nación y de la formación del nuevo gobierno. Al fin, 4 días más tarde (27 de Julio), Wahid sale de su encierro y emprende viaje a los EEUU para tratamiento médico, sin reconocer su destitución. Como consecuencia de su marcha, se anuncia la disolución de su partido, el Golkar, hasta entonces en el poder, lo que produce nuevas revueltas callejeras y disturbios violentos, con la explosión de dos bombas en dos iglesias cristianas de Yakarta que causan 59 heridos, muchos de ellos graves.

A pesar de que el partido de Megawati Sukarnoputri, el PDI-P, fue mayoritariamente votado en las elecciones de 1999 (34%), la Asamblea Consultiva la postergó, eligiendo a Wahid. Megawati ha esperado pacientemente los 21 meses de mandato de su predecesor para llegar al palacio presidencial. Su partido (PDI-P) es un conjunto de formaciones políticas moderadas, cristianas y musulmanas. Cuenta con el apoyo del estamento militar, que se puso de su lado para hacer caer a Wahid; con ciertas simpatías del pueblo, por haber sido enemiga de Suharto, el dictador que derrocó a su padre; y con un Vicepresidente (Hamzah Haz) que es el Jefe del primer partido musulmán, lo que es un valor para la moderación en este país. Pero Megawati no lo tiene fácil; Indonesia, a diferencia de otros países de la zona, no ha salido aún de la crisis económica del 97, lo que se ha traducido en descontento social, causa habitual de la violencia ciudadana, y aumento de la criminalidad; carece de experiencia democrática y tiene los siguientes problemas importantes, aparte del panorama descrito:

- *Movimientos independentistas en Aceh*, al Norte de Sumatra, de clara inspiración radical islámica; tendencia separatista que viene de muy atrás y que pretendió calmarse con la firma de una tregua, en Mayo 2000, en Ginebra, sin resultado, después de 20 años de combates. El año anterior se cerraba con incidentes violentos que produjeron 10 muertos. En Enero (2001) se amplió la tregua, pero la

violencia ha continuado, a pesar de la presencia reforzada del ejército. Es posible que con la concesión de algún grado mayor de autonomía se aplaquen los ánimos, pero no hay mucha esperanza.

- *Movimientos separatistas armados en Irian Jaya (Nueva Guinea)*, de fuerte sentimiento étnico y consecuente distinción racial nacionalista, donde la población es de origen melanésico. Las fuerzas de seguridad del gobierno encargadas de su sometimiento suelen actuar con extrema violencia.
- *Grandes conflictos comunales entre religiones musulmana y cristiana en las Molucas*, donde en los últimos dos años se han producido 5.000 muertes. Esa violencia se ha extendido a las islas de Lombok, Sulawesi y Sumbawa. Ya en Junio 2.000 se decretó el estado de emergencia civil. El CS de la ONU considera la posibilidad de intervenir ante la incapacidad del gobierno indonesio para imponer la paz.
- *Resurgimiento de la militancia islámica integrista*, que, naturalmente, se manifestó con violencia a favor de Osama Ben Laden y los talibanes durante la guerra de Afganistán de octubre y noviembre.
- *Enfrentamientos brutales en Borneo*, región de Kalimantan, entre los nativos dayak, antiguos caníbales y aún cortadores de cabezas, y los inmigrantes llevados allí por el gobierno desde la isla de Madura (unos 30.000). Los dayak, que no quieren a los madureses en la isla, arremetieron contra ellos y ocasionaron 400 muertos en la mayor crueldad, muchos con las cabezas cortadas. El ejército ha sido incapaz de contener estas matanzas y ha tenido que recurrir a confinar a unos 25.000 en campos protegidos hasta su evacuación por los buques de la marina.
- *La isla de Java*, por su peso demográfico (un 60% de la población total), y su importancia económica, política y cultural, ha dominado en Indonesia y el gobierno ha orientado preferentemente su política y muchos gastos del presupuesto en su favor; esto ha producido descontento en las otras islas mayores, dando origen a *movimientos federalistas*.

Finalmente, aparte de tener que luchar contra la corrupción instalada, consolidar la democracia incipiente y reducir la influencia de los militares, se enfrenta la nueva presidenta al grave problema, ya citado, de la recuperación económica. El FMI ha recomendado una profunda reforma bancaria y del sector empresarial, la restauración de la confianza de los inversores —en particular de los extranjeros— y la liquidación de la masiva

deuda privada. Esto ha de ir unido a una reforma de la constitución que refuerce el parlamentarismo del régimen frente a un presidencialismo hoy aún preponderante.

Megawati Sukarnoputri, de ideología y modos tan parecidos a los de Wahid, tendrá también problemas políticos y religiosos; y no es aventurado pensar que le faltará decisión y energía para reformar el ejército. Tampoco parece dispuesta a negociar con los separatistas de Aceh, de Irian Jaya o de otros lugares. Sí parece más responsable, más eficiente en los aspectos burocráticos, más consciente de la importancia del Parlamento y más competente en diplomacia que su predecesor; pero está por ver si acometerá las reformas necesarias con la celeridad que las circunstancias requieren.

COMENTARIO FINAL

Se han expuesto los conflictos más graves que amenazan la seguridad regional en el sur y en el sudeste asiáticos y que también afectan seriamente a la estabilidad internacional. La conveniencia de reseñar con algún detalle sus antecedentes y la limitada extensión convenida para este análisis obligan a cerrar aquí el capítulo. Lamentablemente, existen otros focos de tensión en estas regiones que, por ser de menor magnitud y no amenazar el equilibrio internacional, pese a la crueldad y dilatada duración de algunos de ellos, no tienen cabida en este resumen y tan solo pueden ser citados: Bangladesh, Myanmar, Sri Lanka, Camboya, Filipinas y la piratería en los mares del sudeste.